

OBJETIVO EN EL PROCESO ELECTORAL

Salvador de la Plaza

26/5/63

(Exclusivo para CLARIN)

A medida que avanza el proceso electoral, que se acerca la fecha en que serán depositados los votos y se caldean como es natural los ánimos, se hace más necesario precisar los conceptos, o mejor dicho, ratificarlos con meridiana claridad, tanto más cuanto que el hecho de haber sido postulados varios candidatos a la Presidencia de la República, conlleva un consecencial debilitamiento de las posibilidades de éxito para las fuerzas progresistas que no del de las empeñadas en conservar y fortalecer la mediatización en que mantienen sumido a este país los consorcios extranjeros y ello, porque no sólo éstas cuentan para el suyo con los recursos de todo orden que les proveen el aparato del Estado, las clases gobernantes y los mismos inversionistas extranjeros, sino también el arma de la incertidumbre que empuñan y manejan sin cortapisas para anclar, neutralizar y en definitiva decidir a su favor la actitud de densos sectores de la población que, no obstante que por su condición económica y social deberían votar por las fuerzas progresistas, por temor del miedo atentan así contra su propio porvenir. Fenómeno que no es síntoma de inmadurez política de la ciudadanía sufragante de nuestro país, pues, por el contrario, en forma más relevante se ha evidenciado en comunidades avanzadas y de larga práctica "democrática" —por ejemplo, la francesa— que se caracterizan por el cálculo y la previsión, en lo general ausentes en las comunidades atrasadas. De donde para contrarrestar el debilitamiento anotado se imponga, como la forma más indicada, la mayor claridad y firmeza, en cuanto a conceptos y estrategia, por parte de los dirigentes que actúan en el proceso.



No es el caso, por razón de espacio de una nota, examinar y analizar las causas que han impedido que en nuestro país, en los 130 años que lleva de constituida la República, las instituciones democráticas alcanzaran vigencia real. Sin embargo, para nadie es un misterio que hasta 1936 la hegemonía absoluta que ejercieron los latifundistas no sólo obstaculizó el desarrollo económico del país, sino que condicionó su superestructura social y política a los fines de perduración de esa hegemonía. No lo es tampoco, que después de 1936 la hegemonía económica y política ha venido pasando cada vez más directamente a manos de las fuerzas de penetración imperialista, con todas las variantes y modalidades que en los diversos países latinoamericanos, para no salirnos del continente, registran sus respectivas historias de los últimos 100 años. Y es por lo que no ha sido traslado de esquemas exóticos el que a la etapa de evolución que vienen recorriendo estos países, principalmente desde principios de este siglo, se la haya calificado con justeza de democrática-burguesa-agraria-antimperialista, expresándose así, concretándose así los objetivos inmediatos que para sus propios desarrollos tienen estos pueblos que realizar: liquidación del régimen de apropiación latifundista de la tierra y de sus inherentes relaciones de producción y liberación del país de toda ingerencia, tutela, mediatización extranjeras, sincronizados esos objetivos en acción unificada, ya que no se liquida el sistema latifundista y, en consecuencia, no prospera la construcción de una economía nacional, si concomitantemente no se libera a la Nación de la mediatización extranjera.

Ahora bien, si ese es el justo planteamiento, aceptado y popularizado desde hace muchos años no sólo en nuestro país sino en todos los demás sub-desarrollados del mundo, ¿qué representa entonces en estos momentos, como en los estos momentos, como en las anteriores ocasiones, un proceso electoral? La respuesta es breve y categórica: una confrontación de las dos existentes fuerzas antagonicas, las que luchan por liberar al pueblo de la miseria y a la Nación del yugo extranjero de una parte y, de la otra, las que persiguen conservar y fortalecer su hegemonía, o sea, mantener al pueblo bajo su explotación y a la Nación dependiente, mediatizada por consorcios extranjeros, realidad

que imprime al actual proceso electoral características muy especiales que lo diferencian fundamentalmente de los que se han realizado o realizan en los países desarrollados, países en los que por su mismo desarrollo los procesos electorales son formas normales y hasta podríamos decir tradicionales, de actuación de sus poblaciones en la relativa medida que se lo permite la división de clases de la sociedad, pero países en los que desde hace decenios de años y por eso mismo fue que se desarrollaron, quedaron resueltos los problemas de la liquidación del feudalismo y de su integración nacional.

En consecuencia, actuar como se está actuando, queriendo aplicar modalidades que son normales en los procesos electorales de los países avanzados, no tendrá otro resultado que seguir "jugando a la democracia" en beneficio de quienes se oponen a su implantación. No se trata de "entender a la actual generación", frase-red para atrapar incautos, como tampoco de emplear correctamente los puntos, las comas y los paréntesis. De lo que se trata es de desplazar del poder a la macolla latifundista-imperialista —objetivo que quieren realizar las nuevas, las presentes y las viejas generaciones de venezolanos progresistas— y que, para lograrlo se requiere no sólo la compactación de esas generaciones durante el presente proceso electoral, sino la decidida resolución de reforzarla para defender, a como sea necesario, el triunfo si se obtiene y, sobre la marcha y venciendo todos los obstáculos, poner en práctica las medidas económicas pertinentes para sustituir la actual estructura económica por otra que propicie la construcción de una economía independiente y la integración de los venezolanos en una Nación libre y soberana.

Las fuerzas progresistas están dispersas y lo están no por la heterogeneidad de su composición clasista, por idiosincrasias de los venezolanos o por factores geográficos, sino como consecuencia del amodorramiento en que han sumido al pueblo y sub-desarrollo económico y las maquinaciones de la macolla latifundista-imperialista. Se han compactado en diversas ocasiones tanto en el pasado como en el presente siglo y con su compactación se anotaron triunfos que si bien es cierto fueron pronto sintieron escaparse de sus manos, también lo es que les dejaron huellas

de dolor y sangre, experiencias profundas. No siempre, por otra parte, la compactación se realizó en torno a un objetivo conscientemente comprendido y aceptado, y en ocasiones fueron burladas por demagogos —que no escasean actuamente— interesados en aprovecharlas para satisfacer sus propios y personales intereses. El lazo sólido de la compactación, la conciencia nacionalista, a penas si es ahora que está adquiriendo en los venezolanos contornos definidos.

Además, la compactación de las fuerzas progresistas no implica ni la renuncia ni la abdicación de los concretos intereses y fines de clase que cada sector de ellas debe defender. No es un revoltivo. Se basa en el acuerdo en torno a lo que para las fuerzas progresistas es común en el presente y podrá seguirlo en el futuro, como parte que son de la sociedad que están empeñadas en liberar de la miseria y de la mediatización que la atrofina, para llevarla cada vez más ápidamente a una situación de bienestar, de independencia nacional y de libertad que sean patrimonio de la aplastante mayoría de los venezolanos.

Pero esa dispersión de las fuerzas progresistas no significa que no existan posibilidades de realizar su compactación. Sectores de ellas se encuentran ya unidos, cuya organización en todo el país podría ser aprovechada para lograr la completa compactación de todas las fuerzas progresistas que el momento presente requiere. Ese resultado depende, en última instancia, de que con frialdad y claridad se interprete la característica especial de este proceso electoral y el objetivo que en él deben perseguir las fuerzas progresistas: impedir que se perduren en el poder las fuerzas latifundistas-imperialistas que ininterrumpidamente lo han venido controlando desde octubre de 1945, o en otros términos, que las fuerzas progresistas esta vez, con su compactación masiva, no sólo logren sino que consoliden lo que desde los inicios mismos de la República han estado persiguiendo con sus luchas: instaurar un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo sobre la base de la liquidación del sistema de apropiación latifundista de la tierra y de la liberación del país de toda ingerencia y mediatización extranjeras.